

ba Cubí en sus cabezas frenológicas, yo me temo que más de la mitad de esas dedicatorias que parecen declaraciones ó plegarias sean únicamente un medio, como otro cualquiera, de solicitar la atención del literato ya veterano, para que lea despacio y emita juicio, mejor si es benévolo. Algo semejante á la fórmula corriente para dirigir recomendaciones á los magistrados: «Se ruega que miren bien el asunto, dentro de la justicia.»

* *

Picantes contrastes surgen á lo mejor cuando revisáis dedicatorias antiguas. Éste que os cantaba un himno, reñido después con vosotros por motivos de amor propio ó sabe Dios por qué, os puso de vuelta y media y os declaró poco después guerra sañuda en los periódicos. Éste que ensalzaba tanto vuestra labor, os satirizó despiadado en redacciones, cacharrerías y demás «círculos» literarios. Y, lo peor: éste que os dedica una obra porque habéis escrito otra, que nombra entre enfáticos loores, —¡os cerciorasteis luego de que no la ha leído nunca!

La mayor parte de las dedicatorias, pecan, sin embargo, de anodinas, por que es muy difícil discurrir algo que tenga picor de novedad. «Al ilustre escritor XXX, en prenda de admiración.» «Al insigne autor de H ó R, en testimonio de respeto.» «Al excelso ZZ, homenaje de entusiasmo.» Y sobre este tema, levisimas variaciones.

También sucede que una dedicatoria hace resurgir rápidamente como por ensalmo, tiempos, personas, fisonomías. En un solo estantillo de mi biblioteca compruebo el caso.

He aquí una dedicatoria de Carlos María Ocantos, el novelista argentino. «A mi grande y buena amiga...» Y amiga soy, si no grande, buena, de este escritor menos alabado de lo que merece, y de este hombre serio, leal y triste, al cual la vida parece no haber sonreído, quizás por ingénita disposición de su alma. La dedicatoria la recojo del ejemplar de la hermosa novela *Don Perfecto*, donde creo ver algo de autobiográfico, porque el autor se sonreía, sin protestar, cuando le dije: «Don Perfecto es usted.»

He aquí otra. «A doña... etc., su amigo, Palma.» El laconismo revela la confianza, y en efecto, Ricardo Palma, durante su estancia en Madrid fué mi asiduo tertuliano, y no le he olvidado, ni á él ni á su niña, la morena flor oriental, que ahora será (tiempo traidor) una mujer, una madre de familia. No he olvidado aquellas tardes en mi casa, las charlas amenas, discutidoras, con Palma, Cuenca, Blanco, Vidart, y otros cuyo nombre consagró la fama, entre ellos, muchos que ya se ha llevado la muerte. Y he aquí que, de una sencilla dedicatoria, emerge lo pasado...

* *

Ya puesta á revolver dedicatorias americanas, encuentro nombres que me sorprenden, porque la verdad es que se escribe tanto, que es increíble que sólo el tramo de novelistas y cuentistas modernos de América, en mi biblioteca, comprenda más de quinientos volúmenes! Hay en esto algo de halagador, indicio de que nuestro nombre llegó más allá de los límites de Europa; y hay algo también de esperanzador, porque delata una fecundidad, fruto acaso de la cultura que está formándose y que se inclina hacia las letras, hacia el sentido cultural latino. Aquí hubo críticos de periódico que se entretuvieron en ridiculizar á las obras venidas de América, como si no se oyesen habas en todas partes; yo no fui nunca, en mis campañas críticas, de ese sistema. No he preguntado al libro de dónde venía, sino lo que trafa dentro. Y todos los he leído, más ó menos rápidamente, según pude. Y todos los he agradecido, en postal ó carta, en breve frase muchas veces, por absoluta imposibilidad de hacer otra cosa. Pero, á la vuelta de años, se me han borrado los asuntos y el contenido de tantos libros. Y me pongo á releerlos, interrumpiendo este arreglo de estanterías, necesario para desenredar mis doce ó catorce mil volúmenes, (no los he contado aún), que crecen como la espuma en proporción de las aficiones que los reunieron y que me llevaré al sepulcro...

Y he aquí que una dedicatoria entusiasta, fechada en Oaxaca, me despierta una serie de ideas. No quiero añadir nombres á expresiones tan vehementes. Me parece discreto pasarlos en silencio. Sólo diré que del valle de Oaxaca, donde radicaba el título de nobleza concedido por Carlos V á Hernán Cortés, parece á mí que no podían venir novelas. Todo es épico en el valle de Oaxaca, donde flota la sombra agigantada del Conquistador.

En estos libros americanos encuentro á España, quizá más íntimamente que aquí. Es nuestra imagen,

reproducida con rasgos de doble energía y poetizada por la distancia. Siento con ellos una impresión análoga á la sentida días hace, visitando una casa de campo que acaban de construir, próxima á estas Torres. En el piso alto, sobre una chimenea, un espejo me presentó un paisaje maravilloso. Sobre la clara luna, fondo sombrío de árboles formaba cortina densa, bajo un cielo de un gris inglés, delicado, teñido apenas por restregones de rosa, ligeros como huella de dedo de pastelista, y, entre la fluidez del celaje, un edificio me pareció fantástico: tenía la elegancia de los que se ven en las tablas antiguas, y su blancura lo destacaba como arquitectura de ensueño: torres, almenas, ventanas misteriosas. Era mi propia vivienda, que vista así adquiría magia. España, en los países lejanos, conservada la huella de su vasto espíritu, me causa un deslumbramiento.

Una novela guatemalteca, que empieza por la pintura de una casa solariega, podría, sin quitar ni poner, trasladar su fiel descripción á Toledo, Segovia ó Salamanca. Otra, que transcribe costumbres de los mineros mexicanos, podría retratar á la gente de la Sierra granadí. Es doblemente extraño el caso, porque los españoles no somos ni propagandistas ni absorbentes como los ingleses, ni llevamos en triunfo nuestras costumbres nacionales adonde hemos llevado nuestro esfuerzo y nuestra ventura. Más bien nos inclinamos á impregnarnos del ambiente, con la facilidad y viveza de adaptación, que cualquier viajero puede observar. El britano, que implanta en pleno desierto, su tetera, su *whisky and soda*, su Biblia y su buey asado, no deja el rastro que deja el español, pronto á absorber el mate de la Argentina, á tomar en Marruecos el te con hierbabuena, á tenderse en la hamaca cubana y á mecerse en Filipinas lánguidamente, abanicándose con el redondo abanico de palma... Y los libros que se escriben en la América que fué española, continúan dándonos la visión y la sensación de una España imposible de desarraigar, de una España eterna...

* *

Y sigo revolviendo dedicatorias; y encuentro una de fecha de 1885, que me trae reminiscencia melancólica. Hace veinticinco años, un bohemio de gran talento, que acaba de morir, me ofreció un libro. «A la magnífica inteligencia, al gran corazón, al más poderoso cerebro literario de mi país...» Hay que desconfiar muchas veces, padre Schopenhauer, que nos has encargado tan apremiantemente que desconfiemos; ¡pero no siempre!, porque se nos secaría la raíz misma de la sensibilidad. Veinticinco años tiene de fecha la dedicatoria, y en todo ese plazo, el pobre bohemio y soñador jamás me pidió ni una recomendación para las oficinas de un ministerio, que es lo menos que se pide, en este país, á los amigos, ó á los que, sin serlo, pueden darla. Veinticinco años en que ni aun supe de la existencia del escritor, que luchaba incansablemente por abrirse camino. Y he ahí que la noticia de su muerte—sin que haya tenido con él otra relación que una dedicatoria—me apena. No con la pena del afecto que perdemos; con otro acaso más interior: la de la vanidad de todo. El nombre del bohemio será, dentro de un año, cosa enteramente olvidada. Quizás lo era ya, mientras existía.

Es lo deleznable, lo inútil, lo que surge de la mayor parte de estos libros, con tan bonitas y sentidas dedicatorias. ¿Quién se acuerda ya de los que las escribieron? La mano se ha deshecho en polvo y el trabajo y la esperanza se han esfumado entre las neblinas grises y pálidas del ayer. ¿Qué de anhelos, qué de ansias, qué de horas febriles gastadas en idear la obra, en componerla, en borrarla, en corregirla, en buscarle editor, en llevarla á los diarios, en solicitar el anuncio, el elogio, hasta la censura, en trazar estas dedicatorias que vienen á ser, en muchos casos, un toque de atención, para que sepamos que una persona respira, alienta, quiere ser conocida! ¿Qué de afanes, en la mayoría de los casos, estériles!

Y se codean, en el estante, la obra que revelaba gérmenes de talento y aptitudes, malogrados después por la pereza, las agitaciones de una vida azarosa, ó las alteraciones de una salud mísera, con la obra seca, de esparto, pero que, explotada tenazmente, tercamente, abonada por la intriga, llevó á su autor á los puestos bien retribuidos, á la Academia... Y mi piedad hacia esos fracasados que han vuelto al montón anónimo, de las hojas arrebatadas por el cierzo de octubre—que las hacina y las azota—se hace mayor, infinita casi. La sensibilidad se exalta. No revolbamos más libros añejos, oscuros, entre los cuales alguno se mantiene vivaz. ¿Qué labor humana durará perpetuamente? El mundo mismo, ha de perecer.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Tal vez sería curioso, para el estudio de la vida literaria española, fijarse en un detalle nimio, al parecer, pero que, bien mirado, envuelve revelaciones. Me refiero á las dedicatorias de los libros que es costumbre enviar á los amigos, ó á las personas á quienes se supone que ha de interesar, por cualquier concepto, su publicación.

Al decir «vida literaria española» entiendo comprendida en ella la hispanoamericana, por la poderosa razón del habla única.

Yo recibo, por término medio, al día, dos libros, con dedicatoria. Claro es que hay días en que no recibo ninguno; en cambio, otros aparecen tres, cuatro, media docena. Algunos son folletos; sin embargo, he observado que los folletos, escasos en volumen, no son parcos en dedicatorias enfáticas y extensas.

Las grandes dedicatorias de los pequeños folletos son un estorbo para la encuadernación, porque ocupan todo el margen y no hay medio de que no las afeite la cuchilla. Verdad que no todos los folletos merecen los honores de la *reliure*. Y, en general, yo profeso antipatía á los folletos. Me he dado palabra á mí misma de no imprimir, ya nunca, lo que no alcance á trescientas páginas. Porque un folleto es una especie de duende bibliográfico, que aparece y desaparece, y cuando se busca jamás se encuentra. Hasta tres veces compré un curioso folleto de D. Francisco Silvela, titulado *La filocalia*, por creer que se me había perdido. Y apenas adquirí el ejemplar nuevo se me presentaba el antiguo ante los ojos. Por fin lo encuaderné, con otros varios, lo más análogos posible, no mucho, pues es condición de los folletos no casar, y si casan en materia, divorcian en tamaño y forma. Debía promulgarse una ley para que los folletos fuesen de una medida común. No quedará el recurso de encuadernarlos solitos, porque resultan una especie de hostias ú obleas, sin lomo para rotular, extremadamente fastidiosas.

* *

Viniendo á las dedicatorias, insisto en que, como todo lo humano, son dignas de que fijemos en ellas una ojeada escudriñadora.

Delatan elocuentemente las dedicatorias el estado de ánimo del que las escribe; y no sólo su estado de ánimo, sino su educación social, su buen gusto, su modestia ó vanidad, y tantos matices de su carácter y estructura interna, que, sin necesidad de acudir á la grafología, al conocimiento que se pretende adquirir del alma por el análisis de la letra, pueden ser un precioso auxiliar para todo género de inducciones.

Generalmente, las dedicatorias encierran un elogio á la persona á quien van dirigidas. No diré yo que este elogio sea siempre insincero. En ocasiones brota de la raíz de la admiración. En los comienzos de la vida literaria, hasta con emoción viva y tierna se escriben las dedicatorias. Con la misma emoción sentida al recibir de la imprenta el primer ejemplar de nuestro libro, ó al verlo por primera vez en el escaparate de una librería. En todo hay luna de miel, en todo hay ilusión tempranera.

No obstante, hoy que se ha levantado una cruzada contra los sentimientos admirativos, y suprimido del cerebro aquella casilla de la «veneración» que situa-

Acabo nífico pa
lla. Se tit
Ello pro
Confie
idea de l
su obra,
artistas,
parte de
contemp
hojas y h
zudo ya.
mientras
acaso tri
cumben,
hay que
Y toda
generalm
ración de
escritore
timentali
ra. Cada
descubre
bia estim
genio fué
ó cuando
lidades n
altares, e
días la p
bre, y for
una enor
pararla á
naje; se
radores,
genio hizo
templado
signa tar.
todo en e
ces, la cr
á la fiesta
parece de
cio entusi
Andam
admira
en contra
asi un gra
áspero an
pagados e
Abro p
cautela. l
bierta y l
artista qu
malograd
novela L
te años. l
1875 y fe
su carrer
taba en p
Me fijo
lumen. A
para sabe
sello del
orejas de
ojos desp
jidos, dev